

Nuestro excelente amigo Cornely tiene la especialidad de esas bromas funestas. Es innegablemente uno de los hombres de esta época que se habrán hecho más reír á sí mismos, pero su cómico tiene una esencia especial; es la jovialidad lionesa, siempre algo picaresca, como la de Gnafron, el Guignol de Lion que representa una *vis cómica* especial, una especie de *humour* nacido en las nieblas del Saone como el *humour* inglés en las del Tímesis. Cornely debe detestar á los Príncipes, pero sacia su odio sobre ellos de una manera original, acariciándoles vigorosamente á redopelo, con semblante convencido que no permite enfadarse y que parece producto de un dinastismo exasperado.

En efecto, no puedo creer que Cornely sea sincero cuando cubre al duque de Aumale de laureles con motivo de los pasos dados por miembros del Instituto.

Esto escribía yo á un miembro del partido conservador que me invitaba á no decir más la verdad, á entrar en el mentidero general: «¿De qué sirven artículos como los del *Gaulois*? ¿Creeis formalmente poder engañar á la opinion? Proscritos del 2 de diciembre, sin recursos, sin profesion, sin medios para ganarse la vida, han soportado los rigores del destierro del modo más noble y orgulloso; han rehusado la amnistia que les ofrecia Bonaparte, el señor Bonaparte, como se decia en casa de Victor Hugo. Aquí teneis un desterrado, sesenta veces millonario, á quien la residencia en el extranjero nada quita de sus comodidades y es él, es el Príncipe de la sangre quien se envilece hasta el extremo de hacer mendigar su gracia á un Floquet. Y en este momento os atreveis á hablar de la Casa de Francia y de las glorias de la antigua Monarquía; con motivo de este

haber visitado al presidente de la República y darle gracias por haberle levantado el destierro (N. del T.).

sibarita á quien molesta una hoja de rosa, venis á pedir á los pequeños y á los humildes que renuncien á sí mismos y se sacrifiquen!»

¿A quién se espera, pues, engañar, repito? La gente vé todo esto tan distintamente como lo vemos nosotros mismos; lo comprende como nosotros, y esto demuestra la inutilidad de todas las imposturas escritas.

Boulangier es el único, de todos los pretendientes, que tiene alguna probabilidad.

Muchos de mis amigos me han fastidiado para que vaya á ver al general, pero me temo aparentar ir á solicitar un puesto, y la compañía, además, no es atractiva. Tengo muchos apuntes acerca de él y apuntes muy diversos, pero ¿qué sacaria de discutir de antemano un hombre que parece visiblemente señalado por el Destino para hacer mucho bien ó mucho mal? Puede escoger: de él depende ser muy grande ó muy miserable; es dueño de sí, y que creo que obran muy acertadamente nuestros buenos sacerdotes del Morbihan adoptando el prudente partido de celebrar muchas misas para que Dios le ilumine.

¡Qué papel más magnífico por representar es el suyo! Para ser grande, no es necesario que sea un genio: bastariale sencillamente formarse un firme propósito y decirse: «No seré un canalla. Los traidores que nos gobiernan han puesto en todos los empleos judíos alemanes ó naturalizados para entregarnos al estallar la guerra,—solo me rodearé de franceses cuyo origen haré comprobar con cuidado. Los malvados que están en el poder han comprendido que ante la Europa, casi enteramente coaligada contra nosotros, nuestra única probabilidad de salvacion seria la union; han organizado por todos los medios, por sus leyes, por sus periódicos, la guerra civil en el país; se han esforzado por di-

vidir á los franceses entre sí só pretexto que hay personas que van á misa y otras que no van—yo me esforzaré por restablecer la concordia; yo no perseguiré á nadie, dejaré libre á cada uno.»

Algo de esto ha dicho el general Boulanger en su proclama á los electores de la Charente; ha censurado á los diputados que rehusan fortificar nuestros puertos y que despilfarran nuestros miles de millones por ponernos en el caso de no poder resistir á nuestros enemigos.

La Cámara, que nada ha hecho, dijo el general, y que ni siquiera ha sabido poner en estado de defensa nuestros puertos mejor situados para resistir á un ataque, derrocha centenares de millones en empresas inútiles y sospechosas. Nuestros recursos, de los que ni un céntimo debiera gastarse sin absoluta necesidad, quedan arbitrariamente engullidos en el abismo de los fondos secretos ó criminalmente desleídos en un objeto el etoral.

Todo es mentira en el presupuesto como en las promesas hechas á los trabajadores. Los encargados de defender y hacer amar á la República parecen dedicarse á comprometerla haciendo de ella la propiedad de una faccion en detrimento de tantos franceses que tienen el derecho de reclamar su parte.

El general ha declarado no menos explícitamente que jamás perseguiré á nadie. A un telegrama que se le dirigió interrogándole acerca de esto, contestó:

La Rochela, 11 agosto 1888,

Contesto sin dificultad á vuestro telegrama. Sucda lo que que quiera, no haré jamás persecucion religiosa, porque, si la hiciera, obraría contra mi conciencia y mis intereses.

General BOULANGER.

Cierto que es poco esto, pero no debe olvidarse que todas las Logias están á sueldo de Alemania, que los caciques

del partido republicano empujan á la persecucion por obedecer á una consigna de Berlin y que los republicanos honrados, engañados por estos caciques, no advierten que solo Bismarck tiene interés en dividir la Francia por la guerra religiosa.

Cuando se publicaba esta declaracion en la *Cruz*, me escribía textualmente un oficial: «No temo por el general sino un accidente preparado por nuestros criminales políticos. Si no le matan, hará saltar á todos los golillas y botarates desde abordo.

Nosotros miraremos á los nadadores en la estela.»

Por rara coincidencia, aquel mismo dia, un desdichado probablemente excitado por agentes alemanes, disparaba cuatro tiros de revolver al general en la plaza de Saint Jean-d'Angely.

El dia antes los tribunales habian condenado á dos ó tres meses de cárcel á unos pobres diablos huelguistas, acusados de haber volcado un chirrion de arena; el hombre que habia hecho fuego contra un general francés era puesto inmediatamente en libertad.....

Dígase el general, repito una vez más: «Seré un hombre honrado en el poder.» Agárrese á esta idea y todo le saldrá á pedir de boca..... Es más popular de lo que él mismo se figura; porque resume y encarna en sí el disgusto universal contra los Parlamentarios odiados de todos. Se ha dicho que pondria á la Cámara de patitas en la calle y esto basta para que dando los campesinos como ya hecha esta bella accion, se la descuenten de antemano, y agradezcan al general la sola intencion como si estuviera ya terminada le tarea.

He visto centenares de aldeanos embobados, delante de una lámina que representa el *Escobazo*. El general, de gran uniforme, ostentando sus condecoraciones, está en primer término, empuña la espada, y con soberbio ademán, expul-

sa del Palacio Borbon á los diputados que huyen dando indicios del más vivo espanto. Se reconoce á todos los más importantes personajes de la mayoría: unos ocultan precipitadamente papeles que serán informes dirigidos á las potencias extranjeras acerca de los experimentos hechos en nuestros arsenales; otros, sorprendidos en el momento en que contaban con sus cómplices, en que *vaciaban* (este nombre se da en el Palacio de las Ventas al reparto de los beneficios), meten ansiosamente sus carteras en los bolsillos de sus vestidos. Ferry, como es natural, ha sido el primero en recoger, como en el momento de Lang-Son, pero el temor, como sucede, ha paralizado sus piés, no ha podido mandar á sus piernas que adelanten; ha dado revolcones delante de la escena y se adivina que todos los fugitivos, llevados por irresistible pánico, van á pasar por encima del cuerpo del Tonkinés.

La vill', la campagne  
 Ont soupé de vous,  
 Bourgogne et Champagne  
 Normandi', Poitou,  
 Paris, la Province  
 Demandent prompt'ment  
 Que l'on vous évince  
 Tous du Parlement.

Así dice el cantar que expresa los votos de la nacion. Es evidente que Francia pide que se quiten todos; desgraciadamente los infames se la pasan bien y no tienen ganas de dejarse quitar.....

Cierto que es triste para una nacion como Francia haber llegado al extremo de no esperar ya salvacion sino de un hombre que, hasta ahora no ha realizado ninguna hazaña extraordinaria; pero cuando un pueblo tiene una esperanza

de este género, jamás se la quitaréis, porque no ha concebido esta esperanza sino después de haber sufrido mucho, después de haber adquirido la conviccion de que solo allí está el remedio. Es la manifestacion de un estado de ánimo. Se desea no solamente lo que Mercier ha llamado el *generalismo*, sino el *imperialado*; se pide un *imperator*, un amo, un jefe.

Todas las naciones han pasado por esta fase en un momento dado de su evolucion. Es un error figurarse que un país puede elegir entre la Realeza y el Imperio: se está en Realeza ó en Imperio, como se está, segun el curso del año, en verano ó en otoño, como se está, segun el curso de la vida, en la edad madura ó en la vejez.

Una Realeza que no está provista ya de los órganos esenciales para su funcionamiento, que no descansa ya en las leyes de una herencia no interrumpida, que no tiene ya aristocrácia, ni gerarquía de clases, ni vida municipal, es un Imperio, y la mejor prueba es que los Orleans no arguyen un derecho superior; piden la investidura al pueblo, al número. «El heredero de Hugo Capeto, dice muy exactamente M. Julio Delafosse, no aspira á más que á la herencia de César.»

En el fondo no se le censura al general Boulanger sino el no haber ido al Eliseo el día de la manifestacion de la estacion de Lyon y de tardar demasiado en desenvainar la espada.

«Creedme, mi general, desenvainad lo más pronto posible la famosa espada tan deseada de todos.

«Para humillar á la República actual, necesitaréis vadear un río como César. Es verdad que no es el Rubicon cuyas lípidas aguas se deslizaban hácia el Adriático, sino que es un río fangoso, algo como la *cloaca maxima* cuyos miasmas pestilenciales regalan agradablemente los nervios del

olfato de los hombres que ocupan el poder. Pasado ya el río, seréis el amo.

«En la completa decadencia en que nos encontramos, los Emperadores empujan de prisa; en Roma hubo hasta 30 al mismo tiempo entre los cuales muchos no os sirven. Hubo Póstumo, Ingenio, Victorino, Laeliano, Regaliano, Memor, Antonino, Cecrops y muchos otros; hubo Mario, un obrero herrero que dice la *Historia augusta*, no reinó más que tres días; negóse á dar la mano á un compañero de taller y este le mató con una espada que habian forjado juntos. Hubo tambien una emperatriz Victorina, llamada por los soldados *Mater castrorum*.

«Todos estos elegidos de la plaza pública ó del campo tuvieron bustos, retratos como los teneis vos, estátuas como las tendreis vos; el mismo emperador Mario, lo que me hace aceptar la version que pretende que reinó cinco meses, de setiembre de 267 á enero de 268, vive para nosotros en una piedra grabada del gabinete de Francia que nos muestra, ceñida con la tradicional corona de laurel, la más asombrosa cabeza de atontado que pueda imaginarse.

«A todos esos Césares se les han dado elogios ménos pasajeros que el que se os da en el *Intransigent* ó en la *Presse*, pues que viven aun en la piedra y los eruditos que los descifran llegan á los honores del Instituto. Se les ha llamado *Padre de la Patria*, *Restaurador del mundo*, *Gloria sæculi*, *Salus provinciarum*; se les han otorgado las 70 saluciones imperiales que, segun sabeis, se repetian cien veces ó cincuenta, como se rezan las letanías.....

Si os atreveis y, sobre todo, si ganais contra Alemania la primera batalla que será decisiva, pero que no nos sería imposible ganar sino estuviéramos vendidos,—cosa que depende de vos—tendréis todo esto mi general. Se jurará por Boulanger como se juraba en Roma por el Genio del Empe-

rador viviente; se os presentará á manera de Triptoleno como Claudio ó de Hércules como Caracalla el Germánico.....

¿Cómo es que la derecha, en la que se personifican tantas cosas respetables, tan excelentes personas, tantas creencias, tantos intereses esenciales, se ha degradado á necesitar de Boulanger para remover el país, cómo se ha reducido á ponerse á remolque de Boulanger, á no esperar sino en Boulanger?

Los hombres de la derecha han llegado á ser 210 en el Parlamento con 3.500,000 votos; el formidable poder de que dispone la administracion en Francia habia difícilmente llegado á asegurar 500,000 votos de diferencia á los republicanos colocados en todos los puestos, multiplicando todos los medios de influencia. Los 210 diputados comenaron en un principio por dejarse diezmar y los que quedaron en número de 180 y de 175 despues han hecho menos que los Cinco del Imperio.

Y esto lo ha confesado un mismo miembro de la derecha pero de ánimo sincero y leal (1).

(1) Tambien ha tenido Cornely el mérito de confesar la decepcion lamentable causada por los diputados de la derecha á los que les habian nombrado.

En 1885, escribe, por no remontarnos á épocas diluvianas, el sufragio universal se entregó á una manifestacion opositorista formidable. Envió á la Cámara 210 anti-republicanos. Esta falange fué diezmada por las invalidaciones y se redujo á 170 diputados.

¿Qué debian hacer estos?

Oposicion.

¿La hicieron?

¡No!

¿Hacian oposicion cuando votaban los presupuestos só pretexto de ser preciso que los funcionarios fueran pagados y estuviesen asegurados los servicios?

¿Hacian oposicion cuando se divertian sosteniendo al ministerio Rouvier y cuando nos tapaban la boca á los irreconciliables, diciéndonos que no teníamos el derecho de enmendar la plana á diputados, que éstos sabian

Los Cinco, bajo el Imperio, escribe M. Julio Delafosse en el *Matin*, nos enseñan lo que puede la resolución en los designios y la continuidad en la acción. Luchaban en condiciones las más desfavorables contra un gobierno al que habían jurado fidelidad. El gobierno imperial era poderoso y popular: la opinión desacreditada y sin partido. Y no obstante, los Cinco combatieron con tenacidad de tal manera implacable que sus reivindicaciones inútiles abrieron brecha en las defensas del Imperio, y en las elecciones de 1869 las formaron con más de tres millones de votos. Ahora tenemos por blanco un régimen maligno, miserable, desconsiderado, cargado de las execraciones de todas las personas honradas, odiado por los mismos suyos, y, en lugar de acabar su ruina, que sería la libertad para todos, nos empleamos en asegurarle la vida. Los Cinco, en situación igual, abrirían tan ancha brecha, que en las próximas elecciones pasaría por ella el sufragio universal. Nosotros somos 175 que en lugar de marchar y disparar juntos, nos desmenuzamos hasta convertirnos en una especie de argamasa ministerial con la que se reparan las brechas hechas al gobierno de la República por la misma República. Si esto es todo el partido que sabemos sacar ahora ¿qué porvenir nos está reservado?

Los diputados de la derecha no han sabido ni reunirse

cosas que nosotros ignorábamos, que, para obrar, tenían ellos motivos que nosotros no sabíamos?

Al oírles, hubiérase dicho, que Rouvier negociaba con unos la vuelta del Conde de París y con otros la del príncipe Victor.

Pero no negociaba nada absolutamente.

Ni han obtenido nada. No han salvado ni un Fraile, ni una Monja, y se han dejado abozalar inútilmente.

¿Hacían oposición cuando á la caída de M. Grevy se divertían votando á favor del general Saussier, uno de los raros generales del ejército franceses que pasan por republicanos?

Era aquel un voto republicano, es decir, un voto que, dado por ellos, no tenía piés ni cabeza, ni ton ni son.

¡No! ¡no! A todos debemos la justicia de declarar que si los republicanos han sido incapaces en el gobierno, los conservadores han sido incapaces en la oposición.

Desde 1885, sólo ha habido un hombre que realmente haya sabido hacer oposición, y este hombre es el general Boulanger.»

francamente á la República como se lo pedía Raoul Duval, ni hacer la oposición.

Un simple periodista de provincia á quien los conservadores con su egoísmo habitual se habían esforzado por cerrar la puerta del Parlamento, M. Thiebaud, ha hecho más que los 180 diputados; ha inspirado al general Boulanger la idea del papel que debía representar, ha visto á unos y otros, ha removido toda la Francia siendo él pobre y oscuro como es. Los miembros de la derecha se han puesto entonces humildemente detrás de Boulanger, le han enviado embajadores para sondearle, para saber si ellos figurarían en las listas.

¡Cuán aflitivo y lastimoso es esto visto de cerca!

Por cierto que esta parte de nuestro libro es la más difícil de tratar, y sin embargo debemos intentarlo.

Realmente son medianías los hombres de la derecha. He consignado ya la pobreza de lo que han dicho en los cuatro años llenos de tantos sucesos apropiados para inspirar la elocuencia humana. No ha habido ni una chispa, ni una de aquellas palabras inflamadas que pegan fuego á todo, ni uno de aquellos gritos que remueven á una nación, ni uno de aquellos ultrajes que arrancan un rugido de ira á un ministro prevaricador, ni una evocación de la patria francesa de antiguos tiempos ante la Francia actual saqueada, vendida, entregada á los judíos. Aparte algunos discursos de de Mun que son verdaderamente inspirados, todo ha sido mera retórica, palabrería, abogacía; han hablado todos como hablan los abogados en el foro; han dicho lo contrario de lo que acababa de decir el que había perorado antes que ellos, y nada más..... (1).

(1) Cornely había sugerido á los hombres de la derecha, un medio de

La verdad es que esos políticos no creen lo que defienden. No tienen el Verbo porque no tienen el Pensamiento; no se les debe pedir la inspección de las cosas cara á cara, única nota característica de todo buen pensamiento en todo tiempo; están, como dice Carlyle, «en las insinceras hipótesis, las plausibilidades, los de oídas.» Opinan que la religión vale más que la irreligión, pero su alma no está llena de la idea de Dios.

En semejantes condiciones no se hace cosa que valga, ni aun cuando se exprese en frases bien escogidas. El hombre grande no es un hombre colmado de dones extraordinarios, sino un hombre ordinario que quiere cumplir resueltamente todo lo que Dios espera de él; sabe que hay una voluntad divina, una idea de Dios en el mundo y se esfuerza ingenua y sencillamente por corresponder á esta idea. El sér que tiene esta concepción es fuerte; en vano todos los Mackau de la Cámara le rodearán en los pasillos y le dirán: «¡Cuidado!» Y patatí y patatá... Pasa contestando cortésmente «¡Buenos días Mackau! Haced vuestros guisos á vuestro antojo..... Yo, voy á cumplir mi cargo.....»

realzarse algo y cerrar por un acto viril esta legislatura que ha defraudado tantas esperanzas.

El mejor procedimiento, decía, para obtener la disolución que rec'lama todo el país es imponérsela. ¡Haga dimisión toda la derecha!

Hasta hubiese sido de desear que los diputados de la derecha dieran á este acto el carácter de grandeza que cautiva á las almas. Habría aplaudido ver á los representantes atravesar París en corporación, vestidos con sus insignias, llegar juntos al Palacio Borbon y hacer leer por uno de ellos una declaración, no ampulosa, pero sí enérgica y sencilla: «Esta Cámara está podrida, sólo sirve para robar y traicionar á la patria, nosotros nos retiramos.»

Al salir, los diputados de la derecha habrían sido aclamados y los diputados republicanos recibidos á los gritos de «¡A la perrera!» Hubieran continuado dos ó tres días más yendo á las sesiones, pero la presión de la opinión pública habría sido demasiado fuerte y se hubieran visto obligados á desaparecer.

Conviene insistir en lo que hemos indicado ya. Esta falta de toda acción efectiva se explica mucho por la atmósfera especial creada por el periodismo.

En otros tiempos era necesario merecer la gloria, ahora basta pagarla. Va sin decir que todo periódico subvencionado por un grupo de diputados de departamento proclamará que los tales diputados son todos enérgicos, intrépidos, heroicos. La prensa conservadora de París glosa lo dicho y los hombres se duermen tranquilamente en aquel vapor de incienso.

Cuando aun no existía el periodismo comenzaron los reyes á vivir ó mejor dicho á morir en ese vapor artificial; ahora son los realistas.

Por lo demás el hecho se remonta á muy lejos. A contar desde Luis XIV, á quien el conde de Chambord llamaba «el primero de los Napoleones,» la apoteosis imperial, la pompa latina se sustituye á las relaciones cordiales y hasta á veces, impregnados de una familiaridad algo viva que los arios germanos habían guardado en sus relaciones con los soberanos como un recuerdo de la vida libre en los bosques de pasados tiempos.

El rey era antiguamente un compañero para sus camaradas de armas. ¿Quién no sabe la historia de Crillon y de Anbigné acostados al pié de la cama en el aposento de Enrique IV y conversando con su señor?

—¿Se ha visto jamás un rey tan villanamente alcornoque como el nuestro?

—Seguramente que no.

Intervino entonces el rey y dijo á d'Anbigné:

Mañana continuareis vuestra conversación, porque ahora voto va el chípiro verde, caigo de fatiga: dejadme dormir.

No nos figuremos semejante conversación en el aposento del conde de Chambord.

Este lado humano era lo que hacía precisamente la fuerza de los reyes de antaño, y que interesa todavía á los mismos, porque nada le gusta tanto al pueblo como encontrar un hombre semejante á los demás hombres en un soberano que ha sido grande.

Siempre nos entusiasma ese rey que está echando demonios por la boca viviendo como partidario desde la edad de diez y seis años, que ha vivido en medio de las batallas y que, así que el cañon empieza á retumbar, desciende precipitadamente de caballo; pónese detrás de un árbol, desbrocha sus calzones apresuradamente, y muy luego despues vuelve á montar á caballo, y, como en Fontaine-Française, ya rey, realiza actos de loca temeridad, y se arroja con 200 compañeros en medio de todo un ejército español.

Aquí está el hombre: siente una impresion física, la vence porque es francés y se porta valientemente.

Imaginad que acogida os hubiese dispensado el conde de Vanssay, el conde de Blacas, ó el marqués de la Ferté si les hubieseis dicho hácia el año 1872:

—Creo que en último resultado el rey ensuciará algo su pantalon, pero estoy seguro de que andará.

—¿Cómo podeis proferir semejante palabra? ¡Nuestro rey tener miedo! ¡Qué blasfemia!

Y, en efecto, su rey jamás tuvo miedo; jamás se movió de su puesto; jamás supo lo que era peligro...

Para sus fieles ha continuado siendo lo que fué: una especie de personaje, no sobrenatural; pero extra-humano como las imágenes de los Santos sin ojos, sin formas y sin significacion que se venden en la calle de San Sulpicio.

Es evidente que para nosotros los santos son totalmente diferentes. Son traidores á su señor como san Pedro, locos por los placeres como san Agustin, impetuosos é irascibles capitanes como san Ignacio de Loyola, quien convertido ya,

y caminando para ir á encerrarse en un convento, sintió tanta dificultad en abstenerse de hender de la cabeza á los piés á un moro que habia hablado mal de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santísima. Han vencido su genial depravado, pusilánime ó violento y precisamente esta victoria alcanzada sobre sí mismos les hace grandes á nuestros ojos.

No lo ven así los jefes del partido conservador; no tienen idea del esfuerzo que se necesita hacer para obrar, de la grandeza que hay en un hombre como Luis Napoleon llegando dos veces, en plena tranquilidad, acercándose á las tropas, exponiéndose á las balas y diciendo en Strasburgo y en Bolonia: «Soy el sobrino del gran Emperador y vengo á ocupar el trono de Francia.» Nunca han reflexionado en la resolucion que necesita un Barbés, un Blanqui, hasta un general Eudes, atacando bruscamente á un gobierno y diciéndole: «No os reconozco y voy á expulsaros.»

Apenas si comienzan hoy los conservadores á recelar que los Morny, los Persigny, los Maupas eran otros hombres que los Broglie y los Fourtou.

No son aficionados los conservadores á esos análisis, porque es evidente que nada se obtiene sino por el Sacrificio. Dadle vueltas á la situacion en todo sentidos, mirad á derecha é izquierda, es evidente que el sólo hombre que puede ejercer accion, sea la que fuere, es el hombre que dice: «Mi sacrificio está consumado. Estoy dispuesto á todo; he mirado de frente la hipótesis suprema: la Muerte, y la acepto de antemano.»

Cuando hablo de sacrificio, adivinan mis lectores que me domina una idea: el pensamiento de la Víctima Santa que murió por la salvacion del género humano, del hombre-Dios cuyo sacrificio del altar nos recuerda todos los dias la inmolacion voluntaria.

No me detendré en esto. Semejantes meditaciones son

para el santuario y estarían fuera de su lugar en este libro demasiado humano. Apenas si podemos sondear el misterio de Amor que contiene la agonía del Golgota, hundida la frente en el polvo, el Viérnes Santo, cuando por la oración estamos muy unidos al que quiso padecer por nosotros el horrible sacrificio de la cruz.

El mismo protestante Carlyle ha tenido este sentimiento de respeto: «El más grande de todos los héroes, dice, es Uno.—Uno que aquí no nombraremos. Medite un silencio sagrado esta materia sagrada.»

Váyase sin decir pues que lo que acabamos de pensar arriba con mis lectores nada tiene que ver con lo que voy á decir, por ser un órden de ideas totalmente distinto...

En el órden humano no se obra sino por la voluntad, con la condicion de que esta voluntad vaya hasta querer morir, lo que naturalmente le da la ventaja sobre la voluntad de los demás, que quieren vivir.

Todo hombre que está decidido á morir puede obrar sobre los sucesos. Detrás de todos los sucesos hay un hombre que está decidido á morir.

Indudablemente, muchas causas han hecho que Italia, potencia de tercer órden pocos años há, sea más influyente ahora en los consejos de Europa que la Francia y pueda prodigar las humillaciones al país que la libertó. Pero, entre todas estas causas, hay una que no es la menos importante de todas. Háse encontrado un hombre que un día habló consigo mismo: tenía su cartera llena de billetes de banco, era de noble raza, jóven aún, elocuente, amado de las mujeres: una mañana, en Londres, hizose á sí mismo esta pregunta: «Vamos á ver; ¿estás resuelto á morir?» Y se contestó: «¡Sí!» Tomó entonces un coche y fué á examinar la guillotina del Museo Tussaud para saber cómo se moría cuando se moría guillotinado, é inmediatamente partió para París. Este hombre se llamaba Félix Orsini...

Nadie es capaz de expresar lo que pesa en la balanza del Destino una vida voluntariamente dada por una idea. Son raras las individualidades capaces de arrancarse violentamente del corazón el amor á la vida. El niño afronta el peligro porque no sabe; el anciano toma infinitas precauciones por conservarse; á medida que el sér ha echado más profundas raíces en la humanidad, le tiene mayor apego. Los pueblos jóvenes, según lo consignábamos en uno de los primeros capítulos de este libro, producen mártires, héroes, seres de sacrificio; pero pocos de estos producen los pueblos viejos.

Y es que en el fondo es dura de tomar la determinación y la lucha es muy dramática. El hombre tiene un objetivo soberbio, glorioso: defender sus creencias, combatir por sus convicciones, pero tiene también un subjetivo terrible un subjetivo de plomo que le clava en el suelo y no le deja mover. Como el prisionero del barón de Adrets, adelanta hacia el borde de la torre, mira el espacio para consultarlo, y retrocede murmurando: «¡Cáspita, qué salto!»

Está visto que el miedo de morir priva particularmente los movimientos humanos. Es el fiador del revolver: este está cargado, solo pide soltar el tiro, pero el fiador lo priva todo.

El hombre se dirige entonces discursos á sí mismo, y, por cierto, habría una curiosa página de psicología si se escribiera acerca de todo lo que puede un hombre argüirse para no obrar y duplicar mediante cierta lógica su instinto de conservación. Los médicos han atribuido á una causa pueril la muerte del conde de Chambord; yo distingo muy bien la verdadera causa; yo adivino cómo el estómago acabó por gastarse por las trepidaciones interiores, por la repercusión del eterno combate dado arriba en el cerebro que no podía llegar á dar una órden al cuerpo, á decidir á que examinara la bestia.